

Roberto Valero

ESTE VIENTO DE CUARESMA



De la presente edición, 2018

- © Herederos de Roberto Valero
- © Editorial Hypermedia

Editorial Hypermedia
www.editorialhypermedia.com
www.hypermediamagazine.com
hypermedia@editorialhypermedia.com

Dirección de la colección Mariel: Juan Abreu
Edición: Ladislao Aguado
Diseño de colección y portada: Herman Vega Vogeler
Imagen de cubierta: Steve Johnson
Corrección y maquetación: Editorial Hypermedia

ISBN: 978-1-948517-23-2

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

A PROPÓSITO DE LA COLECCIÓN «MARIEL»

Hay una Cuba de antes de 1980 y una Cuba que comenzó a nacer a partir de 1980. En esa Cuba de antes de 1980, los que huían de la isla, se consideraban exiliados. En la Cuba posterior, sobre todo a partir de la década de los 90, eso fue cambiando y surgió la figura del emigrante del castrismo cubano. Algo que a mí siempre me ha parecido insólito, de una dictadura se huye no se emigra.

Los libros que he agrupado en esta colección, pertenecen, literariamente hablando, a esa Cuba anterior a 1980: sólo pueden haber sido escritos por exiliados de la dictadura cubana. No quiero decir que sean mejores ni peores, sólo señalo que pertenecen a una época y a una Cuba que ya no existe, o de la que ya queda muy poco, y que comparten cierta mirada sobre los tiempos que a los autores les tocó vivir, amén de una saludable furia.

Algunos de los escritores que agrupo en esta colección, que se publica gracias a la iniciativa y al interés de Editorial Hypermedia, salieron de la isla durante el Éxodo del Mariel, otros lo hicieron un poco antes o algo después del gran éxodo marítimo. Pero todos pertenecen a esa Cuba que producía exiliados políticos, fugitivos, y no emigrantes. A mi entender, estas obras se alimentan, enriquecen e iluminan unas a otras, y ayudan a definir y a comprender el tiempo que a sus autores les tocó padecer. Por eso las he reunido aquí.

Juan Abreu

PRÓLOGO

Nueva York, diciembre 2, 1990

A quien pueda interesar:

Acabo de leer la novela de Roberto Valero *Este viento de cuaresma*. Considero que es una de las mejores novelas escritas por un autor cubano, y la mejor, sin duda alguna, de su generación.

Roberto Valero nació en 1955; es un excelente poeta, he escrito sobre su poesía en diferentes ocasiones. Esta novela es provocadora y cuenta el argumento muy directamente, se deja leer fácil, pero al mismo tiempo es tremendamente poética y alcanza una intensidad que no encontramos a menudo en otros escritores. Comencé a leer la novela una noche y no pude dejarla. Este viento de cuaresma es una obra poderosa y arrasadora.

Aunque la novela se desarrolla en Cuba, puede interesarle a muchos lectores dada su abarcadora humanidad. A pesar de describir fielmente una realidad espantosa, la ternura y el humor compensan el desamparo del am-

biente de la novela, en la que se presenta no solo un testimonio vívido de la realidad cubana, sino a la vez un testimonio sobre la condición humana en general.

La novela se trata de un joven que crece en Cuba. Además de luchar con la represión presente en sus circunstancias particulares, tiene que enfrentar los conflictos universales de los adolescentes. En los primeros capítulos encontramos a este joven, Jaime Valdés, cada vez más frustrado en su medio asfixiante: la familia, la situación política, el provincianismo de una sociedad cerrada... Finalmente Jaime entra en la Embajada del Perú y se convierte en uno de los 100 000 cubanos que llegaron a los Estados Unidos en 1980.

En la segunda parte de la novela, encontramos a Jaime tratando de ajustarse a la vida norteamericana y enfrentando otra cantidad de horrores peculiares a su nuevo medio. Ahora lucha por mantener su dignidad y sus objetivos en una sociedad que lo reta con un nuevo tipo de represión, más sutil pero muy efectivo. A medida que se sobrepone a las presiones de la vida norteamericana y encuentra una manera de sobrevivir y además de tener éxito en su nuevo país, y mientras encuentra la felicidad al reconstruir su vida personal y al establecer una nueva familia en los Estados Unidos, de pronto descubrimos que esta vida es un sueño, que Jaime nunca abandonó Cuba, y que está siendo interrogado por un agente de la policía cubana. Esta es la pesadilla más temida de los que han logrado escapar de una situación horrible.

El estilo de la prosa es sencillo y a la vez evocativo y poético. Los personajes son manejados con sensibilidad y ternura, están vivos y son convincentes. Algo que verdaderamente sobresale en esta obra es la manera en

que el autor ha logrado presentar una realidad atroz sin perder la compasión por la condición humana. Es una obra que muestra una gran fe en la humanidad a pesar de la evidencia, y en ello radica la esencia misma de la fe.

Con gran entusiasmo yo recomiendo esta obra...

Reinaldo Arenas

*I got no strings
to hold me down
to make me fret
or make me frown
I had strings
but now I'm free
there are no strings on me.
Heigh ho the merry
that's the only way to be
I want the world to know
nothing ever worries me
I got no strings
so I have fun
I am not tied up
to anyone
they've got strings
but you can see
there are no strings on me.
Pinocho*

... POR AHÍ MISMO PUEDES COMENZAR TU NOVELA

—No me asusté porque supe que era el espíritu de mi abuelo, lo reconocí enseguida; elegante, muy, pero muy bien vestido. Tenía un traje gris, un sombrero de copa gris oscuro, mucho más oscuro que el traje, traía un bastón de mango de oro y una sonrisa muy parecida a la de Papá. Era una tarde calurosa pero había brisa, sin embargo, minutos antes de verlo hubo como una gran calma, se detuvieron las ramas del aguacate, los gatos se erizaron, sentí que el caballo de Claudio relinchaba y pensé que algo extraordinario me iba a ocurrir.

Pensé, hay uno o más espíritus alrededor de esta casa. Pensé, paz para todos los seres, paz y claridad, en esta casa pueden encontrar agua fresca y flores blancas, en esta casa no se le teme a los seres claros y se reza por los que aún no han podido desencarnar tranquilamente.

Como sabrás ellos pueden leerte los pensamientos, por eso cerré mis ojos, los invoqué, apagué el radio, y cuando iba hacia el cuarto, en esa misma cama que ves ahí, estaba él sentado con la pierna cruzada, igual que en la foto y con un rostro muy sereno.

—Buenas tardes —le dije—, paz y claridad, ¿qué desea?

—Quería pedirte que preparen una misa por mi hermano.

—Así se hará, lo prometo. Usted es mi abuelo, ¿no es cierto?

—Era tu abuelo y sigo cuidando de ustedes, pero ya no soy. Acá todo es música y no tenemos que preocuparnos de los asuntos materiales. He pedido que se me permitiera venir a verte porque mi hermano Lolo necesita una misa.

—Desde hoy mismo Lolo tendrá flores blancas y vasos de agua pura con perfume me francés. Yo misma me ocuparé de la misa. Pero... ¿qué le ha ocurrido?

—Solo puedo pedir por él, no tengo permiso para decir más. Esta casa es agradable. Me gustan los muebles de mimbre y los vitrales de las ventanas.

Entonces sentí que tu abuelo encendía la concretera, seguro que había terminado de dormir la siesta. Con el ruido que hace esa máquina, el espíritu, sonriendo, se hizo polvo delante de mí como un humo, pero más tenue que un humo. En seguida fui a decirle a tu abuelo que nunca volviera a encender la concretera sin preguntarme antes si estaba conversando con algún ser necesitado o intermediario.

Por eso él siempre se asoma por el muro, con mucho cuidado, y me pregunta con la cara, sin gritar. Así fue como conocí a mi abuelo que había muerto antes de mi nacimiento. Después solo lo vi otra vez, no habló, solamente se sonreía y afirmaba con la cabeza, Me estaba dando las gracias por la misa de Lolo, yo misma la preparé. Esa segunda vez se sentó en la sala, en la mecedora de pepe, llevaba el mismo traje pero con un clavel blanco en la solapa.

LO QUE REALMENTE ME GUSTABA

de pequeño era salir de madrugada con la mochila, el machete, mis hermanos y nuestro padre al frente. A veces en estas excursiones participaba toda la familia. Nos amanecía bajando la segunda cañada del Valle de Yumurí, casi donde la lava se encuentra con el Mar Caribe. Desde la cima humeante de uno de los volcanes papá nos señalaba la ciudad de Matanzas, después nos hacía repetir los nombres de los puentes que se divisaban desde allí. A la tarde nos sentábamos alrededor del fuego y asábamos el jabalí que casi siempre cazaba tío Orestes. La conversación tomaba extraños vericuetos mientras la carne se doraba. Todos teníamos que cooperar, mi hermana menor traía insignificantes ramitas para alimentar la fogata y provocaba la risa del grupo. Entonces todo era distinto, éramos tan felices que nadie reparaba en la peste de los gases que se escapaban de las grietas y' en ciertas ocasiones, abuelo se envalentonaba y proponía un paseo en bote para ver la lava explotando al tocar la espuma.

Abuelo aseguraba que una vez su amigo Kiko lo invitó a volar en helicóptero sobre los cráteres. Yo creo que es

mentira porque en aquella época no se habían inventado los helicópteros, pero puede ser verdad porque Kiko era jefe de la policía y podía montarse en lo que quisiera, eso es lo que decía mi abuelo. Si es verdad o no jamás lo sabré, pero ahora que casi todos están muertos y yo mismo soy abuelo, me parece oírlo contar aquella aventura.

«Pele es la diosa del fuego», así comenzaba siempre aquel relato. «Es muy poderosa pero delicada. Cuando mi amigo Kiko y yo volamos en helicóptero sobre los cañaverales, sobre las extensiones infinitas de antigua lava y sobre los gigantescos cráteres, abajo se velan las máquinas y los camiones atrapados por la erupción del 26, ¡esa sí que fue grande!, y, óiganme, de verdad que parecían juguetes. El trapiche se veía pequeñito y lleno de herrumbre. Esa vez se jodió hasta la Carretera Central, y podíamos ver cómo asomaban, por aquí y por allá, los pedazos de carretera. Nunca se me olvida una montaña grandísima de lava que se había parado frente a la casa de las hermanas Peítos. Les juro que nos metimos por el medio de una columna imponente de vapor. Yo me estaba cagando arriba de aquel bicho, imagínate si se cae, Kiko decía que no tenía miedo, pero estoy seguro que estaba como yo, temblando como una gallina. Oye, Jaime, aquel año fue del carajo, como si fuera poco con los temblores y el volcán disparando ceniza y piedras, aquel año nos azotó el ciclón más encojonado que yo he visto. Arrancó ceibas centenarias, los barcos aparecieron en las playas, a la catedral le safó la campana, y a la casa de nosotros le llevó el alero del tejado. Además, pero entonces no lo sabíamos, aquel año ocurrió lo más siniestro de nuestra historia, un niño nació por la región oriental, niño que para muchos, como en las historias sagradas, se iba a convertir en el salvador de nuestra república».

Llegábamos sin dificultades hasta el cráter más grande del pan de Matanzas, desde hacía meses la lava se movía en túneles subterráneos, bastante estrechos, que aceleraban su carrera hacia las olas. Aquel cráter no era peligroso, pero no podíamos caminar hasta donde estaba la lava porque los túneles se pueden derrumbar. Tanto abuelo como papá aseguraban que nunca se sabe cuándo se te hunde la pata y te jodes. A veces, mientras mi madre cuidaba el asado nosotros remábamos hasta quedar frente a los chorros de lava, un poco lejos, claro, y papá tenía que remar casi todo el tiempo porque mis hermanos y yo nos quedábamos paralizados ante aquellas explosiones. Se formaban playas de arena negra en el momento. Papá explicaba que la diosa del fuego y la del agua eran hermanas, pero enemigas, por eso luchaban. Y yo las imaginaba, más que peleándose, besándose en los límites de sus dominios.

Abuelo, cuéntanos de tu viaje en helicóptero. «Lo más impresionante que vimos fue un cráter enorme y dos huecos en el techo de un túnel. Dice Kiko que Berto, el del grupo de espeleología, le explicó que esos huecos se llaman ventanas celestiales. Son pequeños derrumbes en el techo del túnel de lava, y por ahí se puede apreciar el dedo de la diosa. Porque esos ríos son como dedos, ¿entiendes? El túnel brillaba de una forma extrañísima. El cráter lo sobrevolamos varias veces, desde el aire se sentía el calor. Los guajiros comentan que en el cráter, y en todas las fotos que uno tome de la lava, se ve la cara de Pele. Kiko se reía mucho porque para él aquello no era la cara de Pele, sino que parecía un centro turístico donde la lava borboteaba, bailaba, daba saltos enanos o atrevidas piruetas. La parte de arriba de la lava, la que tocaba el aire, parecía endu-

recida o fangosa, pero se podía ver como esa ciénaga infernal era atravesada por grietas de un rojo intenso. A pesar de estar en presencia de un acontecimiento de fuerza descomunal todo se manifestaba delicadamente, como un jardín de flores ardiendo. ¿Se dan cuenta?, estábamos viendo crecer la isla. Cerca de la playa de varadero los dedos de la diosa trataban inútilmente de agarrar la espuma del Caribe».

Después a mí me dio por la poesía; seguro que eso de agarrar la espuma y el jardín de flores ardiendo no lo decía mi abuelo, pero así lo recuerdo.

Tía Iluminada y abuela contradecían a mi padre y hasta dudaban de que abuelo hubiera volado con Kiko. Ellas sabían otras historias y aseguraban que las cosas no ocurrieron de esta manera. Abuela nos contaba de la Casa del Miedo y de los güijes que ella había visto en Camagüey. Al poco rato confundía a Pele con una güija y hablaba de apariciones y bolas de fuego que nada tenían que ver con nuestras preguntas. Tía se explicaba los volcanes de otra forma: «Había una vez un rey de duendes, él y sus soldados vivían hace muchos años en Las Cuevas de Bellamar, las más grandes y lindas del mundo, y no le hacían daño a nadie, comían flores y helechos». Aquí siempre la interrumpíamos; tía, ¿flores en las cuevas? «Bueno, ¿quién va a contar la historia, ustedes o yo? Comerían hongos, y alguno de ellos saldría a buscar las flores, o qué saben ustedes si en aquel entonces había flores en las cuevas, ¿eh?» Está bien, cuenta como te dé la real gana, pero no vamos a comernos tus guayabas sin chistar. «Dicen que se afilaban los dientes en las estalactitas y en las estalacmitas, por eso las piedras tejen dibujos tan complicados. Las elicititas son bromas de los duendecillos. Al rey le decían El Devorador de Forestas, pero su verdadero nombre era Yumurí. Esos gnomos

y duendes edificaron su casa en las Cuevas, y para cocinar sus viandas tenían pequeños fogones en las galerías. Pele llegó a la costa por Bacunayagua y se adentró en la isla evadiendo los bosques de helechos y los palmares. Ella solo deseaba conversar con Yumurí para casarse con él y juntos encontrar un sitio de reposo. Pero Yumurí, en la noche, vio como el horizonte se encendía y las olas alargaban su cabellera vaporosa, entonces temió. Cuando Pele llegó a las cuevas de Bellamar las encontró vacías y estuvo cavando túneles y ampliando los salones donde su lava debía bailar, y por suerte no le gustó ese sitio, que si no destruye esa belleza. Después se fue para el Pan de Matanzas y allí se encontró a gusto, decidió sentarse en el paisaje porque correr de isla en isla no es la meta de los dioses volcánicos». Aquí tía Iluminada terminaba su cuento. Sonreía con malicia y murmuraba, pero de forma tal que la pudiéramos oír: «éste sí que es lindo, así ocurrieron las cosas».

Yo todo lo confundía cuando era pequeño. Mi tío Ricardo me ponía delante de los mecánicos del taller para que contara la historia de Pele. Si se divertían me regalaban una peseta. En ocasiones yo casaba a Pele con Canasí y no con Yumurí, y ellos se morían de la risa. O contaba que ella no pudo permanecer a su lado porque necesitaba un Palacio en llamas para escapar de las inundaciones. Otras veces la casaba con el príncipe de los tiburones, y abuelo, riéndose, declaraba que eso no podía ser porque eran hermanos. Yo aseguraba también que en las colinas de la diosa anidaba un pájaro blanco como una cama de sal, por eso los pozos que ella ampliaba con sus dedos de lava se le llenaban de olas. Y le echaba miedo a mi hermanita diciéndole que los cuartos de Pele eran de fuego y la íbamos a meter allí si no comía.

Ahora, aunque no creo en Pele, cuando no puedo dormir repito la oración que nos enseñó tía: «Deja que la admiración me posea, Oh, Diosa de las Piedras Ardientes, protégeme cuando llueva fango y rocas como catedrales, cuando extiendas tus dedos sol terrestre y el agua de mar se torne jardín de fuego. Avísame en sueños y no estaré en tu camino cuando salgas de las entrañas de la tierra».

Abuela hablaba de la diosa con menos seguridad. «Bueno, mijo, a mí me explicaron lo del volcán mis abuelos, y como las cosas han cambiado tanto, quién sabe. Ahora los jóvenes no creen en nada, y estas chiquitas de hoy en día se pasan el día saltando y con el radiecito en la oreja. Estas muchachas con sus pitusas apretados que se les marca todo, no acudirán, como hacíamos nosotras, a la orilla de la costa a esperar a nadie. No ves que cambian de novio más fácil que tomarse un vaso de agua». Abuela decía que las Tetas de Camarioca no eran montañas verdaderas: «Esas colinas que los bobos toman por cráteres muertos fueron guerreros de cuerpos perfectos, adolescentes de caderas cubiertas de algas, amantes rápidos de pele. Claro, te estoy hablando de antes que llegara Colón, cuando los perros se amarraban con longanizas y no se las comían. Eran taínos atrapados en esas galerías de jazmines ardientes y apenas veían el azul. Aún sueñan con sus canoas junto a los arrecifes, con certámenes donde a los mejores atletas las bailadoras bañaban con aceite de coco y los ganadores escogían doncellas y se retiraban a pequeñas playas de arena negra donde cada mañana recogían, sin esfuerzo, los frutos del mar. Todavía están solos y sueñan en esas galerías donde la marea de lava no deja nada al retirarse. Pele los ama sin poderlos aca-

riciar, y estas pepillas atrapadas en *rock* y *blue jeans* no descenderán a los salones más brillantes de la tierra a rescatar fantasmas. Mis amigas y yo, cuando íbamos a la finca de la vieja Lito, que en paz descanse, nos pasábamos las horas muertas mirando si de verdad esas lomas parecían guerreros.

China la loca se sienta por las tardes a tejer en la playa del Chiquirrín, o en la de Bueyvaca, y a mirar el mar como si esperara a alguien. Si le preguntas que a quién espera, te dice de carretilla que están al llegar muchas canoas atestadas de langostas, redes y cuerpos bronceados protegidos por húmedas bandas de algas. “Traerán a mi hijo y a mi madre que es una muertaviva”. A China, la pobre, le quitaron su hijo y por eso está así. Dime tú de dónde esa anciana sacó eso, pero ves, todo se enlaza, a lo mejor sus padres le hicieron el mismo cuento y ahora que está más loca que una cabra se lo cree».

Abuela no me contaba estas sandeces, es decir, sí me las contaba, pero he puesto y he quitado, ahora yo mismo no sé lo que es verdad. Y he viajado tanto que confundo un edificio que vi en Hong Kong con otro parecido de Boston. Las ciudades de mi infancia no podían confundirse, incluso los pueblos estaban perfectamente precisados por imágenes inolvidables. «A Manguito lo reconoces enseguida porque a la entrada del pueblo se levanta una casa muy linda con una reja verde que es un sueño», según aseguraba tía Iluminada, «y Calimete no se te escapa porque tiene la tierra más roja del mundo y la línea del tren está bordeada de árboles enormes que creo son flamboyanes o majaguas —pero no estoy segura». Santiago de Cuba no podía ser otra ciudad y jamás se confundía. Ahora mismo puedo recordar la casa verde con su reja ridícula y la línea de Calimete encen-

dida de naranja y, sin embargo, lo único que recuerdo de Singapur son las fotos que tomamos; si compiten el jardín del cementerio de Matanzas y Mineápolis gana el cementerio. Pero entonces todo era distinto, pensaba que viajar era encontrar lo único, lo raro, nunca me imaginé que al pasar tanto tiempo y estaciones me sentaría a recordar que abandoné una mirada, aquellos rostros viejos que me recordaban en pañales, y la cañada llevándose el asombro de los vecinos insoportables.

Abuelo agregaba siempre que «yo sí he visto mundo», conocía Oriente y hasta se había dado un salto a México. «Jaime, yo que he visto el Paricutín te puedo garantizar, sin que me quede nada por dentro, que no se puede comparar con El Pan de Matanzas».

Después de las excursiones, ya en mi cuarto, soñaba que volábamos sobre cascadas de lava y papá nos iba explicando que si la erupción seguía la Bahía de Matanzas podría cerrarse y tendríamos el lago más grande del mundo. Lo malo sería que la lava llegara a las Cuevas de Bellamar porque se iban a tapar las entradas, los salones quedarían obstruidos y se perdería una maravilla. «Las más grandes y lindas del mundo», repetía tía Iluminada cada vez que se mencionaban las singadas cuevas. «El gobierno debe construir un muro bien alto para salvarlas». Mi hermanita tenía pesadillas y se despertaba gritando porque el bote se viraba y la lava nos cruzaba por arriba de las cabezas.

Debo comenzar este relato de nuevo. Estoy idealizando una isla llena de manigua, un pedazo de roca que no tiene ni desastres considerables; los temblores de tierra son mediocres; los habitantes, cotorrones que se creen poseedores del centro del mundo y de los paisajes más sublimes; «no hay un cielo tan azul como el nuestro, ningún valle

puede competir con el de Yumurí o el de Viñales, La Habana es la ciudad más espectacular de América Latina...» Y yo desesperado desde el primer capítulo de esta novela por escaparme del Edén, en ningún paraíso se permite la duda, en ninguno se puede cuestionar las ventajas de la Gracia. Y estoy cargado de incertidumbre. No se puede ni insinuar que quizás, solo quizás, en el infierno, del otro lado del mar, donde el cielo no es tan azul y los seres humanos no son tan simpáticos como en este país, también puede que existan sitios que valga la pena visitar; también habrá pájaros, catástrofes que me interesa sobrevivir. Además, comenzaré otra vez porque no tengo hermanos, ni hay volcanes en Cuba, ni sé quién carajo sea mi padre.

LA FAMILIA CONQUISTARÁ OTROS PAISAJES

Me llamo Jaime Valdés, nací en una ciudad de provincia en 1955. Soy géminis, siempre viví en mi isla pero siempre estuve ahogándome. Mi vida es muy diferente a la del resto de los seres humanos que nacieron en este mismo planeta el año en que a mi madre se le ocurrió parirme, pero esto es ajeno al orden cronológico que me quiero imponer. Supe, veinte años después, que este acontecimiento nada había tenido de feliz para ella, ni para el resto de la familia, y supe también que hay madres que parecen coágulos de sangre. Esta es la historia de nadie, soy un simple personaje de novela con rasgos antropomorfos en ocasiones, porque ¿qué es un personaje, qué puedo ser, si no pertenezco a ningún reino de los que ustedes llaman vivo? Si alguien se siente aludido es para su propia desgracia, cuando se habita entre líneas y uno es el resultado de sueños rotos, lo único que alienta el ritmo de esas líneas es la desesperanza. Y ustedes, los que realmente viven, se pasan la vida cuestionando la autenticidad o esencia de esa vida que a mí se me ha negado. Si ustedes no están seguros de vivir a plenitud, o simplemente de estar viviendo, qué se puede

esperar de alguien que se llama Jaime Valdés porque el autor ha querido moldearme a su manera, desea atrapar en mí lo que nunca ha tenido, descubrir el amor, actuar con valentía o buscarse un nombre entre los demasiados nombres inútiles que se disputan la literatura.

¿Qué recuerdo de la infancia? ¿Qué recuerdo de aquellos primeros años en que ahora no podría situar fechas, yo que siempre he sido tan histérico con el orden, con los días, yo que dejo datos y anotaciones minuciosas en los libros que leo? ¿Qué podría contarles de esos años en que aún no sabía contar?

Me gusta limpiar el patio con abuelo, rastrillamos las hojas secas, regamos el sembradito de maíz, la mata de anón, podamos el granado, después dejamos la manguera en el aguacate o en la mata de mango y recogemos las hojas muertas, las maderas extraviadas, todo lo que arda es depositado en el latón de la candela. No me gusta encender el fuego pero sí quedarme hasta tarde cuando las llamas juegan en la oscuridad. Lo que más me gusta es asomarme a ver los carbones del fondo, la ceniza es blanca, qué extraño, y el fuego del fondo es tan lindo que no sabría decir de qué color es. Ya abuelo le tiró el alcohol a la basura y le prendió un fósforo. Mi madre, que después sabré que no lo era, sale gritando como siempre: «Papá, que se me ba a desgracial toda la ropa blanca que tengo tendida». Después sigue hablando sola y no la puedo oír, pero puedo adivinar lo que dice: «si yo te digo a ti que una se mata lavando, cocinando, trabajando todo el día, pa' na'. Es peol que sel una e'clava».

Sigo mirando el fondo del latón porque ya ella entró con la ropa. Oigan, abuela está hablando de mí:

—Mira, chica, está otra vez asomado al latón de la basura. Yo creo que ese chiquito tiene un pacto con el diablo. NIÑO, TE VA' A DESGRACIAL LOSOJO, SALE DE AHI.

«Esto es un motor de lancha, ayúdame a rodarlo hasta el garaje» —me dijo abuelo— y lo escondimos bajo las herramientas. «Nunca se sabe si uno lo va a necesitar».

Después, aunque todavía no puedo precisar fechas, supe que mi mamá era aquella mujer lindísima de pelo rubio y largo, siempre se estaba riendo y venía con frecuencia a nuestra casa. Hablaba alto y era muy simpática. Era Mimi, la otra que yo pensaba que era mi madre se convirtió en tía, siempre la llamaría tía Iluminada, a través de los años no pude establecer una verdadera relación de hijo-madre ni con Mimi, ni con tía. Pero hoy me siento mucho mejor, he descubierto que nadie sabe lo que es una verdadera relación de hijo-madre, ni de padre-hijo, ni lo que es una relación. Todo ha sido confundido, o en realidad nunca estuvo claro. Las madres, desde el comienzo de los libros sagrados, han sido capaces de mentirle a los dioses a favor de un solo hijo y muestran sus odios contra los otros.

Los chiquillos de porra —como nos llaman los vecinos— corren hasta la cañada, ¡tan sucia el agua! Es divertido mirar las ramas enlodadas que bajan enfurecidas, los palos secos, muebles viejos, ¿quién se atreve a cruzarla?! Saltamos de piedra en piedra, a Tito una lata le cortó el pie porque vino sin botas. Seguro que Margot le va con el chisme a mi tía de que estamos metidos en la cañada desbordada. Cuco da un grito tremendo: ¡miren lo que viene ahí! Buscamos cañada arriba, una especie de delfín sucio salta entre las rocas, aparece y desaparece envuelto en hojas y latones oxidados que traen mucho ruido. El delfín se detiene entre las ramas más bajas de las adelfas, se encalló. Jaime piensa que es un hombre muerto. «No se acerquen mucho, puede ser un ahogado». Barbarito llega hasta allá y le da un

palo a la cosa delfín. ¡Está muerto! —dice— ¡es un perro! Jaime de pronto ha perdido el interés en la cañada. Abandona las aguas, sube, y desde la carretera grita: «pito pito y piteo». Salimos detrás de Jaime. Él, no sabe por qué, ha sentido deseos de abrazar a su madre.

Es de noche, entro despacio por el largo pasillo y veo a Mimi escondida que se lleva un dedo a los labios para advertirme que no debo descubrirla, nadie sabe que ella está escuchando la acalorada discusión que tienen en la cocina. Cuando todo parecía terminarse y las voces se habían moderado considerablemente, salta mi madre a grito limpio y todo el mundo se insulta. Yo seguí escondido en el pasillo, junto a la enorme pajarera de abuelo. Los canarios se han alborotado con la pelea, pero no puedo recordar por qué se discutía aquella noche, las únicas palabras que me llevé a la calle cuando salí corriendo fueron los gritos de Mimi, aseguraba que si ella no había criado al niño era porque cuando él era de meses ella trabajaba muy duro en el hospital y agregó: «ademá, Iluminada y Mamá quisieron quedarse con él, y tú no tiene que metelte en e'to», le dijo a tío Orestes. Aquella noche me demoré en regresar a casa, estuve jugando a los escondidos con los amigos de la cuadra y hasta me atreví a ir a jugar en otro barrio. Aquella noche tenía muchos deseos de jugar, muchos deseos de correr, de descubrir a los que se escondían y de esconderme sobre el tejado de Olga, en el sitio más alto, en los lugares donde nadie se atreviera a buscarme.

Abuelo ha lanzado a la calle el cuadro de Fidel, «cálmate, papá», —le dice tía— pero él grita más fuerte que esas casas las levantó con el sudor suyo y que nadie se las va a arrebatar, «sí» —continúa— «que lo oigan todos, esas casa yo no se las robé a nadie, el ladrón es él, igual que los otros, otro tirano comemierda. Eso es lo

que e', otro ratero». «Papá, te va a oír Pepilla, habla má bajo». Abuelo no entra en razones, «al carajo Pepilla y toda su parentela».

Los años, y un horcón se quebró en el pasillo, las paredes pedían pintura que nadie podía conseguir. El jardín, cada día más mugriento, se llenó de yerbas, las hormigas lo invadieron. «Agua, agua», gritaba tío René llorando, «se me secan mis flores», pero las cañerías se habían partido.

Cuando mis primeros tíos partieron al exilio abuelo lo aprobó, entre los llantos no fingidos de las mujeres se escuchó su voz antigua, solemne, poderosa, como si hubiera preparado el discurso: “aquí no se llora más, la familia debe conquistar otros paisajes. Estás oyendo, Jaime, yo he visto México y ustedes tienen que llegar más lejos. Váyanse, yo me quedaré para salvar la tierra que nos pertenece. Escapen, su abuela y yo cuidaremos la casa».

Se cayó la ventana del baño, ahora ponemos un saco para escondernos cuando vamos a bañarnos. El agua nunca llega al tanque de arriba y el óxido se lo ha comido, no lo pudimos evitar. Los insectos más extraños y hermosos de la Isla viven en las cañerías y entre los azulejos (ahora grisejos) de lo que fue la cenefa. El inodoro se niega a tragar, nunca hay agua, el único cubo que tenemos es para la cocina, no se puede coger para descargar el baño. Abuela consiguió una lata vieja de galletas y nos la ofrece, allí se ha quedado, allí debe estar ahora, junto a la puerta verde del baño para llevar el agua imprescindible. Los caños se han tupido y las fosas se desbordaron una mañana en que llovió mucho y la tierra de los alrededores de las fosas desapareció, «con la tierra se fueron mis lirios blancos —dice abuela— mis lirios sanjuaneros que el niño trajo de la costa».

Trato de imaginarme a abuelo entre los árboles, trato de imaginarlo sobre la escalera que yo sostenía mientras él daba un corte preciso al racimo de plátanos yonson, un corte eterno porque así ha quedado en mi recuerdo. Pero abuelo ya no sonríe como antes, ahora viene a tomar el café de la tarde cuando tía lo llama y no habla, no pregunta por los nietos, ni si recibió cartas. Un día —después de dormir la siesta— tía le dijo que su hijo Arturo también se había ido en lancha y que acababan de recibir un cable, y él se llevó las manos terrosas a la cara y lloraba, pero no quería que nadie lo viera así.

Me trepo a los frutales, a lo más alto de esta mata de mango y el viento mece constantemente las ramas, me parece que en cualquier momento voy a caer, pero no, desde aquí puedo ver los patios, detrás del muro de canto (donde grabé mis fechas importantes) la tía abuela barre. Tía Teodora barre sin descanso, y sola habla, sola se contesta: «los gatos me partieron el Jazmín de Noche y este viento de cuaresma le tumbará todas las flores al aguacate».

ÍNDICE

A propósito de la Colección «Mariel»	7
Prólogo	9
... Por ahí mismo puedes comenzar tu novela	15
Lo que realmente me gustaba	17
La familia conquistará otros paisajes	26
Un cementerio que no debes recorrer	32
Que hable el pueblo	37
Castigos	38
El corazón me dio un vuelco	42
Posibilidades	47
Que hable el pueblo...	49
Hecho de sombra	50
«... Tendré una cruz vagabunda...»	58
Que hable el pueblo...	62
Los peces territoriales	63
Que hable el pueblo...	68
Abril 6, 1980	69
Noviembre 13 de 1968	77
Tío Orestes	86
Que hable el pueblo...	91
Adiós a la infancia	93
Los caminos de Dios	97
Que hable el pueblo...	104
Los caminos más ocultos de Dios	105

Que hable el pueblo...	113
Con el miedo en los labios	114
La beatitud y los felices	123
Que hable el pueblo...	127
Campamento «El Saracho»	128
Que hable el pueblo...	135
Matanzas cotidianas	137
Hombriguero	141
Que hable el pueblo...	149
Libros viejos y porcelana	150
Que hable el pueblo	157
Realismo socialista	158
Que hable el pueblo	175
De fósiles y rostros	176
Nochebuena	180
Que hable el pueblo...	184
Ahora	187
Como si fuera un mapa	197
Que hable el pueblo	202
El estruendo de las vastas ciudades	203
Regresar, regresar, ¿regresar?	214
Unas páginas más adelante	224
¿Quién ofrecerá un seno materno?	228
Que hable el pueblo	233
Vitrales contra uvas caletas	235
Que hable el pueblo	243
Que hable el pueblo...	252
Hoy voy a terminar la novela	253
Hoy voy a terminar la novela	259
Yo misma voy a ser tu consejera	262
Hoy voy a terminar la novela	267
Domingo 13 de agosto, 1989	269
Deudas contraídas:	274

OTROS TÍTULOS DE LA COLECCIÓN «MARIEL»

1. *Dile adiós a la Virgen* (novela), de José Abreu Felipe
2. *Al norte del infierno* (novela), de Miguel Correa
3. *La travesía secreta* (novela), de Carlos Victoria
4. *Este viento de Cuaresma* (novela), de Roberto Varelo
5. *Miami en brumas* (novela), de Nicolás Abreu Felipe
6. *Curso para estafar y otras historias* (cuento), de Leandro Eduardo (Eddy) Campa
7. *Del lado de la memoria* (cuento), de Luis de la Paz
8. *Impresiones en el viento* (cuento), de Rolando Morelli
9. *La loma del Ángel* (novela), de Reinaldo Arenas
10. *Boarding Home* (novela), de Guillermo Rosales
11. *El gen de Dios* (novela), de Juan Abreu

